

UNA SOLA PALABRA...

Autor: Luis Darío Bezratel

La dirección no podía estar equivocada: *iglesia de la Sagrada Familia, avenida 20ª SW Número 9615, Seattle, WA*. Había anotado con letras de imprenta cada detalle de adónde debía ir: del otro lado del teléfono, una mujer –seguramente filipina por el acento– que se identificó como sor Suplicio, le dijo que el padre Jacob vendría ese domingo 19 de diciembre de 1965 a celebrar la misa, la primera que se haría en lengua vernácula. «*Si no fuera por la mi madre, la muy bendicha*», se dijo Jack para sí mismo y salió... Detuvo su Ford Galaxie frente a la iglesia y buscó su boina a lo Alain Delon. Sin dejar que las dudas lo detuvieran, se bajó del automóvil y se dirigió hacia la puerta del templo, donde un grupo de familias, en su mayoría asiáticas y mejicanas, según le pareció, esperaban que abrieran la puerta para celebrar la misa, ahora que la habían cambiado según los decretos del Concilio Vaticano II y que el papa Pablo VI acababa revelar estremeciendo la cristiandad. Había confusión entre los asistentes, porque, según entendió de los rumores intensos entre los feligreses, habían proscrito del santoral a los queridos san Jorge –dragón incluido– y el ciclópeo san Cristóbal; habían quitado el latín de la ceremonia y ahora el cura miraba a los fieles en vez de al cáliz donde se ocultaba Cristo en la hostia... Él no entendía mucho qué significaba, pues era la primera vez que se atrevía a entrar a un recinto católico... «*¿Cuálo sos agora? ¿Chrétien?*», podía oír la voz de su *descansado* padre Mordú Calvo, de bendita memoria; pero, por mor de doña Rosa, su madre enferma, estaba decidido a toda transgresión.

Faltando cinco minutos para la misa, las puertas de la iglesia se abrieron, él se colocó la boina y se dispuso a entrar... Los demás fieles lo miraban extrañados, sobre todo por la ausencia de genuflexiones y santiguadas de su parte.

–Disculpe, joven, el sombrero... –le dijo una asiática, hermana de la orden de la Providencia–. Debe quitárselo para honrar la presencia del Santísimo...

–Disculpe... –dijo descubriéndose la cabeza, dejando visible su melena a la nuca y sus prominentes patillas—. Usted debe de ser la persona con la que hablé ayer... Soy Jack Calvo y quiero conversar con el padre Jacob... –dijo en inglés, pero al suponer que la madre podía entender su lengua, le dijo en su castellano con olor a naftalina–: *¿Onde se topa el padre Yaakov? Tengo menester de hablar con él.*

Sor Suplicio contestó en un español aun más oxidado:

–*Hoy no hablar... Padre Soriano misa y luego irse... Solo poder platicar en confesionario... Solo confesión* –dijo señalando a aquella especie de armario a cuyos lados un grupo de fieles de pelo negro liso y rostros cetrinos hacían fila para esperar, penitencia de por medio, la redención de sus pecados.

«*¡Barminán!*», dijo para sí... Pero, la vida de doña Rosa bien valía un sacrificio más... Al fin y al cabo, ya estaba en aquella iglesia rodeada de imágenes de santos y vírgenes, y su presencia allí ya podía considerarse *avodá zará* o idolatría, el pecado más *preto* que existía, como pontificaba el rabino sefardí de Seattle. Total, él no venía de un hogar tan religioso, donde a penas se abstenían de comer pan cenceño por Pascua y ayunaban en *Kipur*, el *Día del Pedrón*, como decían en judeoespañol los rodeslíes de la ciudad, pero todos los demás preceptos no... «*El Dio –si es que existe– mos pedronará a mozotros que pedrimos a todos los muestros en Auschwitz*», sostenía su madre más para justificar las licencias que se tomaba con respecto a la Ley de Moisés que por su falta de fe. «*En Rodhes uno seguía los modos de los yudiós porque no había de otra... Amá en la América, ya todo es moderno*», remataba Rosa Calvo, Soriano de soltera, antes de empezar a volverse prematuramente una vieja ciega y caduca, atacada en cada neurona por una senilidad aguzada por los fantasmas de camisas pardas que la asediaban por las calles de su isla griega.

–*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* –dijo el padre Jacob, en español, bendiciendo la silueta del rostro rubicundo de Jack, el cual adivinaba detrás

de la cortinita de terciopelo carmesí, como cada vez que algún feligrés se inclinaba a lavar, planchar y almidonar sus faltas en el confesionario.

Silencio.

Exasperado por la falta de respuesta, el padre Jacob Soriano pensó: «Otro de estos agnósticos, de estos *hippies* que quieren volver a Dios después de un viaje con LSD», por lo que no se dio por enterado y prosiguió, ahora sí en castellano: «¿Cuándo fue su última confesión, hermano?».

–Padre, yo no so catholique...

El padre Jacob se acomodó en el confesionario. Apenas unos días después que el Vaticano abandonara oficialmente la tarea de convertir a los infieles a la grey de Cristo y María, Dios le daba la gracia de proseguir la misión y el carisma de la orden de los redentoristas... Quizás fuera una prueba para su alma, después de que sus cimientos se vieran estremecidos por las recientes reformas de la Iglesia.

–Pero, si usted no es creyente, ¿qué quiere...? –iba a preguntar, pero Jack lo interrumpió.

–¡Déjeme explicarle, padre! –le dijo en inglés–. Soy judío y no pienso convertirme al cristianismo... Nada en contra, pero no es lo mío... ¡Bueno, en general, las cosas de Dios no lo son! Estoy aquí por una razón que pareciera descabellada: mi madre Rosa me mandó a buscarlo. Hace tiempo, antes de quedarse sin vista, encontró su nombre y su número en la guía telefónica. Como usted se llama exactamente como mi abuelo, a ella se le metió en la cabeza que quizás sea pariente nuestro o algún hijo de judíos griegoss, y me hizo jurar que lo llevaría a casa a hablar con ella, ahora que está moribunda...

–Pero, muchacho, yo no puedo ser familia suya... Yo desciendo de indios chiricahuas, convertidos al catolicismo en la misión de San Simón, en Arizona, en los

tiempos del virrey de Nueva España, don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Albuquerque, mucho antes que nos invadieran los estadounidenses.

–¿Y cómo hablásh *spañolif*? –preguntó Jack, en su ladino del Levante.

–Mis antepasados nunca lo abandonaron... El inglés, dice mi madre, solo sirve para el *supermarket* y entender las canciones de los *Beatles* y los *Rolling Stones*, pero en español encendemos el fogón, preparamos las chimichangas y hablamos con Dios antes de dormir... Como lo hacían mis abuelas Elenita y Josefina, que en la Gloria estén, y todos mis antepasados hasta Coyote Fugaz, el primero que abrazó la Cruz... Gracias al español, conseguí que me asignaran a esta parroquia para asistir a los hispanos que viven por aquí... Bueno, a los que aún no les da vergüenza hablarlo...

–¿Vergüenza?

–Se les ha convencido de que es un estigma... –dijo con dolor el sacerdote.

–¡¿Cómo un estigma?! –preguntó exaltado Jack– Pero, si mi madre se salvó de los nazis por hablarlo...

Hincado como nunca lo había hecho, el chico le contó al cura que Rosa Soriano era una joven casadera cuando los italianos se fueron de Rodas y llegaron los nazis. Los Soriano se dedicaban a la pesca y sus barcos paraban regularmente en su Salónica natal, de donde salieron después del gran incendio de 1917 para refugiarse en Rodas, ya en manos de los italianos. No obstante, pocos años después del cielo cayó una *berajá*, una bendición del *Dio de Israel* a los hijos de *Sefarad*, pues la vieja madre patria, arrepentida de haber echado a aquellos súbditos hebreos, les ofrecía la nacionalidad a quienes consideraba «españoles sin tierra», según las palabras de un tal Ángel Pulido que había descubierto la existencia de barrios enteros en los Balcanes donde aún se cantaban romanzas ibéricas del siglo XV. A pesar de la reticencia y las riñas de su esposa Fortunica, el terco Yaakov decidió pedir su pasaporte, para lo que solo necesitaba una carta del rabino y una entrevista donde solo debía hablar en

judeoespañol: «¿*Cuálo queres que diga? So Yaakov Soriano, de Soria, una ciudad en la viexa Sefarad*», dijo mostrando un mapa y el cónsul se convenció de que aquel hombre, hediondo a salitre, era pariente de Alfonso VIII, mínimo. Cuando llegaron los nazis a Rodas, el peso de la segregación y persecución a los judíos no se hizo esperar, y en julio de 1944 todos fueron recogidos y enviados a Atenas, de donde serían deportados a Polonia a donde irían a trabajar en un campo. «¿*Auschwitz dixites que se llama?*», preguntaba Fortunica Soriano a su hija. «*Me da miedo ese nombre... Debe de hacer mucho frío... Me se hiela el corazón*», decía ingenua la muchacha; pero, antes de que los enviaran al exterminio, el cónsul español, un tal Sebastián de Romero, pasó por donde los tenían detenidos preguntando por los pocos rodeslíos que tenían pasaporte español: don Yaakov Soriano, entre ellos... Pero, no su familia. Cuando se dio cuenta de que iba a salvarse solo, su mujer e hija estaban listas para abordar el vagón de ganado que las llevaría a Polonia. El hombre emplazó al cónsul para que salvara a toda su gente y el diplomático, alertado de que de esos campos no salía nadie sino como ceniza por enormes chimeneas, les dijo que ya había tratado de negociar con los nazis para que los soltaran a todos, pero que no le daban esperanza: «Un pasaporte, una persona. ¡Punto!», le aseveraron. En un acto de desesperación, Yaakov Soriano le dio el pasaporte a su hija Rosa, cediéndole su lugar. El cónsul, consciente del nombre impreso en el documento, no entendía cómo podía operarse el milagro de hacer pasar a una chica por el hombrón con mostacho de la fotografía. «*¡Salve a mi hixa! ¡Sálvela! El Dio se apiadará*». Rosa no quería tomar el lugar de su padre, pero él le puso las manos en la cabeza para bendecirla y le dijo: *¡Si tu te salvásh, mos salvamos todos...! Aide, Aide... ¡Sálvate, paxarico mío!*... Tampoco el cónsul sabía cómo iba a sacar a Rosa del lugar de detención. Así pues, encomendándose a san Cristóbal, le dijo que lo dejara hablar con el SS que controlaba los que de allí salían. Romero le pasó el pasaporte y dentro de él iba dinero de su propio bolsillo para el soldado... Este miró escéptico y discretamente aceptó el soborno. Para disimular frente a su jefe, en alemán le preguntó a voces el nombre a la

muchacha. Paralizada por el miedo, ella no respondió, pero el cónsul le tradujo y ella, en su ladino oloroso a azahares de Castilla, contestó: «*Rosa Soriano, de Soria, ciudad de España*» y un gesto indistinguible le anunció que la vida la esperaba más allá de la alambrada. Salió veloz y aterrada. Se fue sin despedirse y sin percartarse de las lágrimas que mojaron el piso del vagón del tren.

–*Tengo menester que vengásh a la mi casa y hablésh con la mi mama.*

El padre estaba abrumado... ¿Qué quería el Creador? ¿Qué podía decirle un cura chicano a una vieja sefardí a punto de morir? Ese día, al officiar la misa por primera vez en español, meditaba: «Dios hizo el mundo con palabras de otra lengua... Tal vez al Altísimo le extrañará oír de nuestras bocas: “Señor, no soy digno...”».

–*Mama, aquí está el musafir... Truxe al Yaakov Soriano que demandates...*

Ella le indicó que se acercara. Sus ojos enceguedidos no lograban encontrar la larga barba ni la nariz le devolvía el olor a pescado del Egeo... Tras pedirle que se aproximara más, le pasó las manos por los brazos lampiños, tan diferentes a lo que quería tocar. «¿*Quién sos?*!», dijo ella. «Soy el padre Jacob Soriano», dijo él con su voz de pastor de almas... «¿*Padre dixites?*... ¿*Mi padre?*», dijo con el hilillo de aliento que le quedaba... Él iba a responder, pero ella le tapó la boca mientras le decía: «*Tus brazos son los de Esav, amá tu voz sí es la de Yaakov. Padre, solo quería dizirte alguna cosa: ¡Mos salvamos! Merci mucho, papa... ¡El Dio existe!*».

Durante veintitrés años más, antes de que un ataque cardíaco acabara con su vida, Jacob Calvo, cada 25 del mes de Kislev, fecha hebrea que marcaba la partida al Edén de Mama Rosa, en vez de ir a la sinagoga a prender la primera vela de *Janucá* con sus hijos, se iba a la iglesia de la Avenida 20ª de Seattle para la misa de su tocayo y amigo, monseñor Soriano, para oír aquello que para él fue el primer paso en su retorno al largo camino hacia Adonái, su Dios: «*Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero, una sola palabra tuya –en español, eso sí– bastará para salvarme*».